

HA VENIDO UN NUEVO ALCALDE

ESTE de virginal sonrisa y el habla meliflua, torneada su prosodia en la escuela de la calle de Serrano—oyéndole con los ojos cerrados se diría que es don Marcelino Oreja, ministro de Asuntos Exteriores, tal es el señorío de su acento de casta— es el nuevo alcalde de Madrid, don José Luis Álvarez Álvarez, joven barón de la UCD, notario, digno oficio que, nos dijo, le ha llevado a conocer muchas calles y muchas casas de Madrid, altas y bajas, ricas y pobres: entró en ellas al filo de los testamentos y a la hora de dar fe sin necesitar la compañía del viejo vecino de esta corte el Diablo Cojuelo. Es un caballero cristiano, pero si le dieran a escoger entre libertad y cristianismo, él respondería (asegura): "No me da la gana". Buena respuesta madrileña. "Yo me decido por las tres cosas juntas: soy partidario de la libertad, soy partidario de la solidaridad y soy cristiano". Con este bagaje noble y sentimental ha ocupado ya la poltrona en que doscientos cuarenta alcaldes le precedieron: esta fue la silla del constructor de bulevares—ya no quedan—, don Alberto Aguilera; o la del popular don Pedro Rico, que inventó el enlace subterráneo de Atocha con Chamartín y al que sus enemigos—la gran derecha—dieron el nombre de "tubo de la risa", antes de apropiárselo como florón de su estado de obras, y las papeleras urbanas a las que se

llamaron "donpedritos", a las que ha añadido ahora el señor Arespachoga unos ceniceros, quizá para ver si con este detalle constructivo de última hora retrasaba el ser despedido. La silla de Salazar Alonso,

al que pintaban con un peine clavado en la rizada cabellera, y al que mataron después; la del conde de Peñalver y Eduardo Dato, cuyos nombres quitaron después de su obra magna, la Gran Vía, para dár-

selo a don José Antonio Primo de Rivera.

La Corte de los Milagros hizo un milagro más, y ya es alcalde don José Luis Álvarez, señor de la grúa y el cepo, y de la joven guardia, y



A alcalde dimitido, alcalde puesto: la UCD no quiere perder tiempo.



EN un momento en el que la definición política se está perdiendo en maniobras y componendas es enormemente útil y esclarecedor que el Partido Socialista, en trance de unificación de dos tendencias—PSOE y PSP—, propongan un do-

LOS SOCIALISTAS SE IDENTIFICAN

documento programático ideológico y doctrinal. Con la definición y renovación que saldrá indudablemente del IX Congreso del PCE, formará un cuerpo general de la doctrina marxista que permitirá la elección de posiciones y el deslinde de diferencias.

El Partido Socialista se declara de clase, de masas, marxista y democrático en este documento provisional—se trata de un proyecto—; pero rechaza el dogmatismo y, como dice, "asume sus clásicos" y acepta la idea de la transformación de la sociedad capitalista—en la que no encuentra un proyecto de futuro capaz de "hacer soportable la vida", frase estoica en la que se adivinaría el estilo del profesor Tierno Galván— por medio de la "lucha de clases como motor de la Historia", y por la "socialización de los medios de producción, distribución y cambio por las clases trabajado-

ras", rechazando cualquier acomodación al capitalismo "o su simple reforma".

Si el proyecto se llega a adoptar, será sin duda el más avanzado de los documentos programáticos actuales de los distintos partidos socialistas europeos, que, sin duda, contienen gran parte de esos elementos en sus lejanos documentos fundacionales, pero que tienen ahora notables reservas a la hora de enunciarlos. Y mucho más a la de cumplirlos cuando tienen acceso al poder. En el momento en que el Partido Socialista Español se ofrece o se presenta como una alternativa de gobierno, la publicación de este escrito parece alejarle de pactos, componendas o arreglos, y enfrentarle directamente con las aspiraciones de los que pueden ser sus electores. Se responsabilizará así de su cumplimiento, no sólo cuando llegue al Gobierno, sino mien-

tras esté actuando en la oposición. Sean cuales sean las críticas políticas o doctrinales que puedan suscitar sus declaraciones, ha de atribuírsele el gran valor de emitir unos principios muy claros y muy concretos en una época de fugas semánticas y de actuaciones indefinibles.

Al distanciarse de los partidos socialistas europeos en un sentido progresivo, el Partido Socialista establece muy claramente cuáles son sus fronteras con respecto a socialdemócratas, liberales y otras posturas de centro-izquierda. Establece muy bien sus premisas. Pero la confusión puede establecerse en cuanto a su comparación con las nuevas formas comunistas, con el "eurocomunismo": confusiones que no pueden darse en otros países, pero sí aquí. Podría producirse la idea de que una falta de unidad entre socialistas y comunistas se



de la patrulla nocturna que sale de la calle de Conde Duque para perseguir a truhanes y zarrapastrosos, administrador de este suelo lacerao por las obras interminables, y vendido y revendido mil veces, dueño de las ordenanzas y dispuesto a hacerlas cumplir a todos, "Inflexible con las faltas y las inmoralidades", pero justo y reconocido del trabajo y los esfuerzos de los otros.

Tuvo mal presagio. El río se salió de madre cuando el alcalde nuevo iba a inaugurar un puente, el puente del Rey. Bramó y se enturbió el Manzanares, al que don Francisco de Quevedo llamara "muy héctico de corriente/muy angosto y muy roído", y "río avariento", y "arroyo, aprendiz de río", y al que hiciera decir que estaba "tan chupado y tan sorbido/que se me mueren de sed las ranas y los mosquitos": pues este río exiguo y callado se erizó el lomo y bufó al nuevo alcalde. Tamaña cosa no vieron los siglos.

Merecía, por los merecimientos que le atribuyen, mejor ocasión don José Luis Alvarez. No aquella en que la UCD-Gobierno alarga los plazos para la fecha en que los ciudadanos elijan libremente su alcalde; no aquella en que se puede sospechar que la provisionalidad de su poder está dada para facilitar el que gane las elecciones; no la de figurar en la Historia como el último alcalde designado por el famoso dedo. Pero quizá sin este tránsito no hubiera tenido la mejor suerte que mereciera, y más vale alcalde en mano que ciento volando. Alcalde que nace de la alcaldada, alcalde del nepotismo del partido dominante y su voracidad infinita tiene, sin embargo, algo que tirios y troyanos vamos ya a agradecerle: que haya dado el último empujón al señor de Arespacochaga, que un día descubrió que la solución al caos era aumentar el caos, que fue liberal con la piqueta y duro y despectivo con las asociaciones de vecinos; al que se le incendió el teatro Español en las manos y lo ha dejado como estaba mientras gastaba los millones del erario en enverjar las calles, en enrejarlas, para que el madrileño aumentara la situación metafísica de estar en la cárcel. "Sería inútil y pretencioso intentar aquí un balance de realizaciones", dijo en su discurso de adiós: sería aquí inútil hacer un balance de desrealizaciones y de desencantos madrileños, un llanto de Vaguadas que no se han perdido por la entereza de sus habitantes. Se va, y en paz. Dican que tal vez se vaya de embajador; tal vez a Washington. Y allí podrá contemplar, en un Nueva York que ya no tiene remedio, la imagen de un Madrid que no pudo terminar de realizar. ■



En su documento programático, los socialistas propugnan la transformación —que no simple reforma— de la sociedad capitalista. En la foto: comisión mixta PSOE-PSG.

deba sólo a interpretaciones y actuaciones de dirigentes, más que a fondos doctrinales. El IX Congreso, y la redacción definitiva del documento socialista, ayudará a las masas y a las clases sociales de las que los dos partidos se erigen en

defensores a comprender cuál pueda ser la naturaleza de sus diferencias, cuáles sus aproximaciones, cuál la causa de su tensión mutua y cuáles las posibilidades de unos acuerdos o unos programas de acción entre los dos. ■



Oreja, con su colega polaco Emil Wohtaszek, en Varsovia: un viaje televisivamente explotado, pero sin apenas resultados prácticos.

Política exterior de España

EL NUEVO AISLAMIENTO

Apesadumbrado por la crisis que le sobrevino, y sin perder de vista un desarrollo posterior peligrosísimo, el presidente del Gobierno, don Adolfo Suárez, hubo de suspender su viaje a Polonia y a Yugoslavia que, sin embargo, tan oportuno hubiera sido para justificar su injustificable ausencia del Congreso el miércoles de la semana pasada. Hubo, se asegura, molestias en esos países por todo el protocolo roto y las esperanzas puestas en ver el rostro de la joven democracia. Vieron en su lugar el de don Marcelino Oreja. El revuelo de este viaje y su explotación periodístico-televisada no oculta los escasos frutos obtenidos en la relación comercial con Polonia y en el vistazo de conjunto a los problemas mediterráneos con Yugoslavia. Ni tapa el desastre abierto en nuestra política exterior. Un desastre que este rabotazo africano por la estrategia atlántica, a la que se da el nombre de Canarias, y que algunos dicen que tiene por fondo París. La nota gubernamental anunciando unas visitas a los países africanos —probablemente, las del señor Lasuén, que salió disparado del cuerpo de asesores del presidente por sus críticas al programa económico, y que ahora resulta embajador especial, o encargado de misiones diplomáticas sin especificar— y su decisión de defensa militar puede despertar más ironías y más indignaciones que aplausos. La alegría con que se acoge el espaldarazo de Estados Unidos y de Marruecos a la situación española es desmedida.

No parece sino que la política extranjera de España fuese un apéndice de la de Estados Unidos, y su objetivo, a base de torpezas, el ingreso en la OTAN a toda costa. Probablemente, aun a costa de un debate libre, y del referéndum que sería necesario para saber si los españoles desean o no entrar en lo que por una parte es un compromiso militar de primordial importancia, con todos los riesgos que implica, o prefieren aceptar un neutralismo que pudiera serles más conveniente.

Si durante muchos años la política exterior española ha

sido de una parte coyuntural —sumarnos a otros marginados, después de la segunda guerra mundial—, y por otra, un reflejo absoluto de la política interior —el anticomunismo como norma—, en la actualidad no es ni siquiera eso. Toda una larga y costosa operación fue montada con un objetivo único: el reconocimiento del régimen como democracia por parte de los demócratas diplomados. Podría parecer simplemente un paletismo, un deseo infantil de entrar en sociedad, una ilusión de nuevos ricos, de no haber tenido otro designio: que los diplomados dieran su título a la UCD como partido, al señor Suárez como presidente del Gobierno. Diploma de democratizadores. Se hace política exterior para la prensa, para la televisión.

Y la verdad es que estamos tan aislados como antes. Ya ni los árabes, ni los africanos ni los latinoamericanos, en que se apoyó el régimen en otro tiempo se ocupan de España —y los que se ocupan, lo hacen para mal—; ya el Este encuentra escaso el resultado de las relaciones diplomáticas, y el Oeste no deja de tender alguna trampa y se resiste a la inversión. Nos queda el hilo de siempre, el de los Estados Unidos. Pero se sabe hasta qué punto es absorbente la política exterior de los Estados Unidos, y hasta dónde quiere llegar siempre. ■

